

surgieron sublevaciones en Stuttgart, Tubinga y otras ciudades de Wurtemberg. En el año anterior, el pueblo victorioso había instalado un gobierno de terror en Colonia, y empleando el tormento, como sus gobernantes, sacó de los presos las declaraciones que buscaba, en cuya consecuencia murieron en el patíbulo diez miembros del consejo destronado, de uno de los cuales se decía que tenía hecho pacto con el demonio, el cual corría por su habitación en forma de liebre. Los poetas populares atribuyeron la victoria del pueblo a la protección de la Virgen y de los tres santos reyes. En Worms y Schweinfurt, donde el pueblo fué vencido, el poeta cantó que en muchos lugares reinaba la fuerza bruta y no la justicia, y dirigiéndose a las autoridades, dijo: «Tened presente que vuestro régimen no puede durar, pues hasta los pobres campesinos lo conocen.»

Nadie había entonces en Alemania que hubiese podido trazar el límite entre el gobierno de la fuerza bruta y la justicia, ni menos indicar a cada uno de estos dos poderes su exacto derrotero. Para hacer respetar los derechos establecidos, ya antiguos, ya nuevos, era indispensable el empleo de la fuerza bruta de que cada gobernante disponía, pues que el poder central monárquico y nacional que las inteligencias más nobles y millares de pobres oprimidos deseaban, era una mera ilusión, y no se veía en ninguna parte de Alemania rastro de tal gobierno. La joven dinastía habsburga llevaba ya desde sus primeros pasos un carácter internacional muy pronunciado; podía ambicionar la renovación del antiguo sacro imperio romano-germánico para ceñir a las sienes de su jefe la corona de este imperio ilusorio, pero nunca podía llegar a ser la base de una monarquía nacional alemana. En un país dividido entre centenares de soberanos, soberanillos y ciudades independientes, con tendencias absolutistas todos ellos, no había medio de formar un gobierno nacional supre-

mo y eficaz, ni de cambiar siquiera el curso político, ni tampoco apareció nunca el hombre idóneo para llevar a cabo semejante misión. Así la agitación política y religiosa y la misma reforma protestante no aprovecharon más que a las familias soberanas, que supieron coger los frutos de todos estos movimientos provocados por deseos y llevados adelante con fines muy diferentes. Todos los príncipes y señores querían ser completamente libres; pero a principios del siglo XVI se encontraron con el obstáculo del espíritu revolucionario del pueblo bajo, que pugnaba para abrirse camino y llegar a la superficie; y los que cifraban su ambición en pisotearlo para vivir ellos dichosos a su manera, no encontraban terreno firme donde poner los pies.

El abad Tritemio señala como los dos cánceres roedores del imperio el espíritu hisita, ó sea el de reforma religiosa y social, y la confederación suiza. El pueblo se acordaba con horror de los herejes bohemios, pero le gustaba hablar de matanza de frailes y clérigos y de confiscación de los bienes de la Iglesia, y muchos hablaban hasta con respeto de los suizos, a pesar de haber abandonado al imperio, porque lo habían hecho para castigar a los que los tiranizaban y para luchar por los fueros divinos del pueblo. Cuando Tritemio dice que la lucha entre los suizos y los príncipes alemanes era una guerra a muerte, tiene en el fondo razón, porque el choque del Estado moderno monárquico con las tendencias del pueblo, es decir, con la revolución, era ineludible y debía durar hasta llegar a un arreglo estable; y esta revolución social hermanada con la fermentación religiosa se había manifestado ya en el siglo XIV.

En esta situación la corona imperial pasó por primera vez desde la vergonzosa elección del rey en 1257 a la cabeza de un soberano no alemán; pero también había aparecido ya un héroe alemán, un fraile mendicante que declaró la guerra al Papa romano y desafió al emperador español.

## LIBRO PRIMERO

### REFORMA Y REVOLUCION

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### FIN DEL REINADO DE MAXIMILIANO Y ELECCION DE CARLOS QUINTO

Ninguna de las naciones europeas ha pasado sus grandes crisis interiores sin que poco ó mucho influyesen en ellas en sentido ya favorable, ya adverso, otras naciones. Cuando la cristiandad de la Edad media fué tomando la forma moderna de Estados políticos, esta antigua conexión no desapareció sino aparentemente; en realidad adquirió mayor fuerza, porque con el aumento del comercio social cada agitación de un pueblo irradiaba con mayor rapidez a las naciones vecinas, engrosando continuamente el número de intereses comunes; y no había asunto exclusivamente propio de una nación determinada, por mucho que ella lo creyera así. Por esto vemos al poderosísimo movimiento religioso, propiamente alemán, del siglo XVI cruzarse y confundirse, no solamente con las luchas políticas y sociales dentro del mismo imperio, sino también con el cambio del dominio político en Europa, cambio debido principalmente a las naciones neo-latinas.

Entre los dos intereses extremos de dos naciones tan distantes entre sí; entre la revolución religiosa de Alemania y la ambición de la monarquía española, que aspiraba a conquistar el dominio del mundo, el eslabón intermedio fué la casa de Habsburgo. La Alemania no pudo completar su reforma religiosa bajo la presión de la influencia española, pero también fué a su vez la cuña poderosa que introdujo una dislocación en la monarquía colosal cuyo núcleo era España y cuya consolidación habría sido la mayor desgracia para Europa (1).

Mientras la iglesia romana se veía atacada al cabo de mil años de dominio exclusivo en Europa, se le abrió un nuevo y vastísimo campo de acción al otro lado del Océano; pero al propio tiempo desde el extremo Sudeste de Europa le amenazó una nueva invasión del Islam, que lejos de haber perdido su fuerza expansiva, la volvió a concentrar en el imperio turco y se preparaba a aplicarla en dirección al Occidente.

En medio de todas estas conmociones estaba el imperio germánico dividido y descomponiéndose por falta de cohesión. Al aproximarse a su fin el reinado de Maximiliano, el imperio, después de muchas tentativas impotentes para organizarse sobre nuevas bases, estaba a punto de recaer en su

(1) No vemos la razón de esta opinión del autor. La gran monarquía española descubrió un nuevo mundo y salvó a la Europa de la barbarie turca. Tuvo una razón de ser providencial y habría tenido otra si se hubiese consolidado. (N. del T.)

antigua anarquía. Había llegado el caso hacia tiempo previsto de pasar la corona imperial a manos de un extranjero. Maximiliano había conservado siempre su carácter alemán, a pesar de ser su política muchas veces todo menos alemana; y su nieto, el duque de Borgoña y rey de España, no tenía ninguna simpatía a la nación alemana ni comprendía su genio; pero como los magnates alemanes, los príncipes electores, que disponían de la corona imperial, dignidad la más elevada todavía en Europa, eran completamente impotentes enfrente de las grandes monarquías occidentales consolidadas ya, sus soberanos se disputaron la corona imperial como un aumento de su poder sin curarse de los intereses alemanes. Para los alemanes de aquella época era ya un consuelo que la rama de Habsburgo, señora de Borgoña y de España, sirviera de poderoso dique contra el poder de Francia, que era una amenaza continua, inmediata y temible para Alemania. Restaba saber si el pretendido amigo no resultaría más funesto para Alemania que el enemigo tan temido. Para formarnos una idea de la posición de Alemania en la lucha abierta ya por el dominio de Europa, es indispensable que primero nos hagamos cargo de la situación de aquellos dos rivales.

Hay que convenir, por ser evidente, en que al fin de la Edad media las naciones neo-latinas ocupaban en todos conceptos el primer puesto. Italia a pesar de su división política iba a la cabeza de la civilización, y además había hecho privilegio suyo la dirección espiritual de la cristiandad; Francia y España eran las primeras monarquías modernas con sus gobiernos centralizadores; España y Portugal conquistaron un nuevo mundo, y neo-latina fué también en general la civilización de Borgoña, con su caballería restaurada y su administración dirigida desde la corte. La entrada de España en el movimiento general europeo fué para Europa un elemento nuevo y enérgico. Los pueblos y las monarquías de la península ibérica habían tenido durante muchos siglos una existencia separada de continuas luchas entre sí y contra los infieles. El entusiasmo belicoso por su fe que animaba a los mahometanos se comunicó a los cristianos, que como ellos lo sacrificaron todo por su religión, sin lástima ni misericordia con los que no participaban de sus creencias, y los españoles, con su innato valor, en las interminables guerras de raza y de religión adquirieron una práctica y una astucia que los hizo durante largo tiempo los maestros en las artes de la guerra y de la diplomacia de toda la Europa. Dollinger ha hecho notar muy acertadamente rasgos de falacia que afean al Cid Campeador, la figura ideal española de un héroe popular. Con todo, había en la sangre española una energía inagotable para las causas que la entusiasmaban. La pureza

de sangre y de fe se había hecho en largos siglos de lucha contra infieles un elemento indispensable de vida; los españoles habían llevado á cabo su formidable lucha sin el auxilio de los demás pueblos cristianos, y por lo mismo miraban casi con igual menosprecio á cualquier extranjero que á un moro vencido. Al propio tiempo eran, particularmente los castellanos, tan codiciosos como poco inclinados al trabajo, y por lo mismo tanto mas dispuestos á las empresas que prometían satisfacer sus inclinaciones caballerescas y su sed de riquezas. El patron mas á propósito para un pueblo belicoso debía ser Santiago, que montado en un caballo blanco apareció en la batalla de Clavijo y dió la victoria á los cristianos. La fama europea de su santuario en Compostela y la afluencia de peregrinos de todas las naciones al sepulcro del apóstol aumentaron el orgullo nacional, cuando apenas se hablaba todavía de España en otros países.

La conciencia de la nacionalidad comun jamás se había borrado de la mente del pueblo español, ni aun en el largo período de la division de España en distintas monarquías independientes. En el siglo XII mas de un rey de Castilla se había titulado emperador de España; pero hasta el siglo XV no llegó á realizarse una especie de unidad nacional con la union de Castilla y Aragon, cabalmente cuando estos dos reinos estaban á punto de sucumbir ante las fuerzas feudales que amenazaban con una desmembración. La union de las dos coronas con el casamiento de Fernando de Aragon é Isabel de Castilla en 1469, suceso tan trascendental, no produjo por entonces una monarquía única, y mucho trabajo y tiempo costó hasta que en lugar de «reyes católicos» hubo un solo rey de España. Fernando de Aragon, mas capaz que su esposa Isabel de Castilla, supo con admirable tacto político encontrar y emplear los medios mas propios para concentrar y manejar el poder soberano. Sujetó á la nobleza discolá, el elemento mas temible, por medio de las hermandades ó liga de los municipios, que transformó en instrumento de la administracion de justicia de la corona; y cuando este instrumento hubo hecho el servicio de escarmentar radicalmente á la nobleza, supo deshacerse de él. Así realizó Fernando en España una idea política que en Alemania se había presentido vagamente sin llegar jamás á tomar cuerpo. Fernando se reincautó inflexiblemente de los bienes de la corona derrochados en beneficio de los nobles, y solo en Galicia recuperó mas de cincuenta castillos. Además supo reunir en su persona y en las de sus sucesores, con el auxilio de la curia romana, la direccion y administracion de las órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, quebrantando así para siempre la independencia de estas corporaciones poderosas, y colocándose al propio tiempo la corona á la cabeza de la nobleza, escarmentada y reducida á la obediencia. Entonces la corona sometió á la Iglesia á su autoridad, arrebatando á la curia romana su intervencion en el gobierno y administracion de las cosas eclesiásticas. En tiempo del cisma, la corona de Castilla había obtenido ya de la curia romana que todos los obispados españoles serian ocupados exclusivamente por hijos del país, y en 1482 Sixto IV concedió al rey de Castilla la provision de los altos puestos eclesiásticos; privilegio importante que luego fué extendido á toda España. Los tribunales eclesiásticos fueron reducidos á su jurisdiccion propia; el producto del impuesto de la santa cruzada entró en el tesoro real; los breves pontificios fueron sometidos para su publicacion en España á la autorizacion real, y no estaba lejos el tiempo en que la España tan rígidamente católica haría sentir mas que ningun otro país de la cristiandad á la Santa Sede sus derechos soberanos, pues en 1509 prohibió el rey Fernando bajo pena de muerte la publicacion no autorizada en sus Estados de bulas papales que se rozaban con

la jurisdiccion de la inquisicion. Tambien este tribunal, el instrumento mas importante del poder de la Iglesia, estaba en España sometido á la corona; porque el tribunal eclesiástico encargado de velar sobre la conducta de los judíos y moros convertidos, tribunal cuya institucion el gobierno español obtuvo del Papa en 1478, fué sometido á la autoridad del rey, que nombraba sus directores y demás funcionarios sin ninguna intervencion de parte de la Santa Sede, quedando á favor de la corona todos los bienes cuya confiscacion decretaba este tribunal. La inquisicion usaba la repugnante hipocresía de entregar á la autoridad secular á los sentenciados, recomendándolos á la benignidad de los jueces civiles, que los condenaban al cadalso ó á la hoguera. Pero si el santo oficio sembró el terror y acaso provocó alguna resistencia con la espantosa energía con que al principio de su existencia condenó á 2,000 seres humanos á las llamas, supo conservar al propio tiempo su carácter eclesiástico y nacional, lo cual al fin lo hizo popular, por extraño que esto parezca. En efecto, en los primeros tiempos la inquisicion era la continuacion legalizada de la antigua y secular lucha de los españoles contra los invasores extranjeros y mahometanos, y despues de quedar éstos aniquilados, fué el arma irresistible del absolutismo monárquico, que imponiéndose á las clases bajas sirvió para tener sumisos y aterrados á los grandes y poderosos.

En los últimos tiempos se ha querido ver en la inquisicion española un elemento principal para avivar el espíritu religioso y católico en la época de Fernando é Isabel. Fomentó este espíritu con toda su energía el cardenal Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo, uno de los prelados mas grandes de su tiempo, para preservar á la España del contagio protestante; pero si algo hizo la inquisicion en este sentido fué conservar la España para el catolicismo de la Edad media, es decir, para el ideal monástico con su negacion absoluta de toda libertad de conciencia, permitiéndole reunir mas y mejores fuerzas para luchar contra la reforma religiosa que estaba en la atmósfera, fuerzas que no podia darle la curia romana, italianizada y materializada. Si algun movimiento reformista se manifestó entonces en España fué en el sentido de mejora moral é intelectual de las comunidades religiosas y del clero secular, en el de obtener la traduccion de la Sagrada Escritura en el idioma nacional, el cultivo de la teología y el fomento prudente de las humanidades; pero nada en sentido de reforma religiosa radical, pues el cultivo de la filosofía de Santo Tomás fué la protesta mas enérgica, no solamente contra el último desarrollo de la ciencia escolástica, sino tambien contra todo movimiento intelectual que saliera del sistema eclesiástico del siglo XIII. Lo único nuevo y particular que dió de sí la inquisicion fué la reunion en una sola mano del poder civil y eclesiástico, que en España fué mas completa que en ningun otro país. El hecho de ser concedida la mitra arzobispal de Zaragoza sucesivamente á tres hijos naturales del rey, es una prueba de que aquella reunion de poderes no se empleaba siempre en favor de las necesidades religiosas de la nacion ni en favor de la dignidad de la Iglesia; y es mas que probable que el rey Fernando, no obstante la devocion sincera de Isabel la Católica, no atendiera á las cuestiones religiosas sino segun su importancia política, y muy poco habria influido en Europa la solitud de los reyes Católicos por la religion si España no hubiese llegado á ser sbitamente una gran potencia. Fernando de Aragon tuvo el talento, como dijo su admirador el italiano Maquiavelo, de emprender siempre cosas grandes, con las cuales tuvo en excitacion perenne al espíritu español, no dejándole así tiempo para pensar en hacer oposicion al gobierno.

El primer gran triunfo de la política extranjera del rey Fernando fué la rendicion de Granada en el año 1492, con lo cual quedó concluida la mision de España en la Edad media. El epílogo fué la expulsion sin misericordia de los judíos de España y de Portugal, expulsion que pudo indicar á los últimos mahometanos que habian quedado en España la suerte que les aguardaba. El cardenal Jimenez hizo quemar millares de ejemplares del Coran y otros libros religiosos, y aun quiso someter á la cruz el Norte de Africa; y en efecto, en el año 1509 el anciano prelado á la cabeza de una expedicion marítima conquistó la ciudad de Oran.

Mayor importancia para la extension del catolicismo y del espíritu español que las conquistas en el Norte de Africa tuvo el descubrimiento de América, que bajo la proteccion de la reina Isabel se realizó á raíz de la caída de Granada. El 12 de octubre de 1492 desembarcó Colon, ya almirante de Castilla, con una escuadrilla en una de las Antillas. El Océano Atlántico habia cesado de ser una barrera insuperable, y entonces se ofreció un campo inmenso á la actividad de las naciones europeas. Por lo pronto España, dueño de un nuevo mundo cuyos límites nadie era capaz de designar, se elevó de un solo golpe á una altura de poderío que excedia toda idea que en Europa se había formado hasta entonces de una gran potencia. Verdad es que los portugueses habian ganado á España la delantera con haber extendido sus expediciones hasta el Cabo de Buena Esperanza, teniendo así ya abierto el camino marítimo á la India; pero estos triunfos lentos, inclusa la llegada á la India, que fué tambien lo que se habia propuesto Colon, quedaron pronto superados por el descubrimiento de todo un continente al otro lado del Océano, continente propiedad de España en virtud de la línea de demarcacion que en el año 1493 dividió por disposicion del Papa nuestro planeta entre España y Portugal.

No puede decirse que los españoles comprendiesen en toda su grandeza su nueva y gigantesca mision, porque de las cartas de Colon se desprende que su ambicion se limitó á imponer al nuevo mundo el cristianismo á la fuerza, y á encontrar grandes criaderos de oro (1), y este fanatismo y esta codicia de los españoles serian un espectáculo muy miserable, si no se les hubiese añadido un rasgo mas noble, el caballeresco, que dió al mundo una generacion de héroes cuyas luchas, voluntad, energía y perseverancia admira el mundo y hacen olvidar hasta su ferocidad. Un puñado de españoles auxiliados escasamente por la madre patria y el gobierno, conquistaron para España en pocos decenios un mundo.

El gobierno español con todo su entusiasmo por la Nueva España y sus héroes, se limitó á dejar hacer á éstos, porque otras cuestiones de importancia mas inmediata absorbían su atencion. Era indispensable no perder ante todo de vista los sucesos europeos y proceder segun las circunstancias, y Fernando el Católico era tan maestro en la política exterior como en el arte de gobernar, si bien no alcanzó siempre en medio del enredo de intereses diferentes y de sucesos imprevistos, lo que se habia propuesto alcanzar. Bastante hizo con no dejarse sorprender por cada nuevo giro imprevisto que tomaban las cosas y con tener siempre un expediente preparado cuando salia frustrado algun plan suyo. Un expediente y recurso de esta clase fué entre otros su union de familia con el Habsburgo borgoñon. Además, en la política de Fernando figuraba en primer término la fundacion de un imperio que comprendiera toda la península ibérica, y á este fin se contrajeron tambien lazos de union entre las familias reales de Portugal y de Castilla. Debía casarse con una infanta de

(1) El imponer el cristianismo era imponer la civilizacion; y si se buscaban riquezas, las naciones modernas en sus empresas colonizadoras no buscan tampoco otra cosa. (N. del T.)

Castilla el infante de Portugal para unir este país con Castilla, y cuando la muerte de este príncipe en 1491 hizo fracasar el casamiento y el proyecto de union, Isabel dió la mano de su hija al mismo rey Don Manuel. El fruto de esta union, el infante Don Miguel, que al nacer (1498) causó la muerte de su madre, parecia destinado á reunirse, á la muerte del heredero de las coronas de Castilla y Aragon, los tres reinos en uno solo. Habíanle ya reconocido por heredero las cortes de los dos países cuando murió en 20 de abril de 1500. El rey Manuel se desposó con su cuñada María; pero antes de morir el pequeño infante de Portugal habia dado á luz doña Juana, esposa del archiduque Felipe, un hijo, cuyo derecho al trono de España tenia la preferencia sobre el infante portugués que podia acaso nacer si el nuevo casamiento del rey se realizaba. Entonces el ya viejo rey Fernando empezó un juego de intrigas tan prolongado como mañoso para asegurar la independencia de España y su propia posicion de soberano contra las pretensiones de los Habsburgos. No podemos entrar aquí en los detalles de esta lucha, ya abierta, ya oculta, entre los Habsburgos, España y Francia, ni podemos referir las muchas tentativas que se hicieron para fundar un nuevo órden en lo que antes se llamaba en globo la cristiandad. Las alianzas y pactos de familia que se proyectaban continuamente eran rotos, reanudados ó aplazados á cada paso, bajo la presion de las necesidades imperiosas del momento. Fernando no dejó de valerse de cuantos resortes le vinieron á mano para crear obstáculos á la sucesion de los Habsburgos en España desde que vió que esta familia, que en un principio debía servir solo de instrumento á su política, iba enseñoreándose de él. Poco despues de la muerte de su esposa, ocurrida en el año 1504, y para excluir á los Habsburgos de la sucesion, contrajo segundas nupcias con una sobrina del rey Luis XII de Francia (2), por cuya razon se abandonó el proyectado enlace de Carlos, nieto de Fernando y del emperador Maximiliano, con la hija del rey de Francia, al cual prometió Fernando la mitad del reino de Nápoles; pero esto disminuyó las simpatías de los castellanos y dió mayores esperanzas á su yerno Felipe, el Habsburgo. Pusiéronse al lado de Felipe, en 1506, todos los grandes de Castilla, y Fernando tuvo que renunciar al gobierno de este reino; pero lo recuperó con la muerte de Felipe, que ocurrió en el mes de setiembre del mismo año. Su padre, Maximiliano, rey de Romanos, estaba muy decidido á sostener los derechos de su nieto Carlos al trono de España, de suerte que los dos abuelos tenían intenciones enteramente opuestas. Así cuando al rey Fernando le nació un hijo en 1509, quedaron muy comprometidas las esperanzas de los Habsburgos; pero el nuevo heredero directo murió apenas nacido. Entonces tuvo el rey de Castilla la idea de dividir sus inmensos dominios entre sus dos nietos Carlos y Fernando, de modo que á éste tocaran España é Italia, y el primero se quedara con Alemania y los Países-Bajos; y á fin de conjurar al propio tiempo el conflicto entre las casas de Habsburgo y de Valois, ideó casar al joven príncipe Fernando con una princesa francesa. Detrás de este proyecto se ocultaba el interés personal del rey Fernando, que temia las pretensiones de su nieto Carlos al trono de Castilla; mas en esta ocasion, el siempre indeciso y variable Maximiliano se mantuvo firme en su propósito de reunir en una sola mano toda la herencia de la casa de Habsburgo, y bajo la presion de los brillantes triunfos del joven rey Francisco I de Francia, que de golpe le hicieron al parecer dueño de la situacion, se conformó Fernando el Católico con el deseo del emperador é hizo un nuevo testamento á favor de su nieto Carlos el

(2) Germana de Foix.

dia antes de su muerte, que ocurrió el 23 de enero de 1516.

La lucha decisiva por el predominio en Europa era ya inevitable, pues la ambición francesa en las batallas que libró en Italia aspiraba, no solamente al dominio de una parte de la península apenínica, sino también a la hegemonía sobre la Europa, y para esta lucha necesitaba la casa de Habsburgo reunir todas sus fuerzas.

Los españoles, lo mismo que los franceses, estaban convencidos de la superioridad de su nación sobre las otras, aunque no precisamente en idéntico concepto. Los franceses, belicosos como los españoles, recordaban con orgullo sus hazañas de las cruzadas, sus cortes en el Oriente y en Grecia y la gloria de ser los creadores y cultivadores de la civilización eclesiástico-caballeresca, y con razón en el siglo XII el hábil observador Juan de Salisbury alabó a los franceses por ser la nación más civilizada.

De la formidable crisis de todo un siglo de guerra con Inglaterra y Borgoña salió la Francia hecha una monarquía nacional moderna, y mientras España se hallaba todavía dividida en diferentes reinos y con apariencia de descomposición interior, mientras Inglaterra estaba horrorosamente destruida por guerras civiles y el imperio alemán se hallaba reducido a la más completa impotencia, el rey Carlos VII de Francia publicó en 1439 sus célebres ordenanzas, que crearon para la corona un ejército y una contribución directa, permanentes ambos y considerados como fundamentos del Estado moderno. Luis XI, hijo y sucesor de Carlos VII y político a la altura de Fernando el Católico, tuvo que pasar todavía por pruebas rudas antes de asegurar la existencia de la monarquía contra los grandes vasallos díscolos y contra la Borgoña vecina. No alcanzó Luis XI su objeto como Fernando el Católico con las fuerzas del propio país, sino que debió en gran parte a su buena inteligencia con los suizos y a la circunstancia de que las familias de los grandes vasallos se extinguieron en poco tiempo una tras otra, que la corona de Francia saliera incólume de los mayores peligros; pero después se asentaron más pacíficamente que en España y también que en Alemania las relaciones de la corona con la nobleza, el clero y la clase media; ni había que vencer ninguna agitación temible en las clases bajas, gracias a la facilidad que tenía el individuo apto de cualquiera clase para elevarse a la inmediata superior, en lo cual un político italiano vió el medio preventivo más eficaz contra todo descontento social temible. Un número proporcionado de tribunales superiores, cuna de una nobleza administrativa é influyente, aseguraba a la nación la protección de la ley, cosa que tanta falta hacía en Alemania, donde imperaba solo el derecho del más fuerte. Por estos tribunales supremos, llamados en Francia parlamentos, dijo Maquiavelo que Francia era hasta cierto punto el modelo de un Estado en el cual estaban unidos de la manera más feliz la monarquía fuerte con el respeto a las leyes. Solo los alemanes, enemigos de toda organización nacional ordenada y sólida, por ser naturalmente contraria a los privilegios de ciertas clases, criticaron la centralización y calificaron la situación de los nobles en Francia de «servidumbre bestial.» Luis XI respetó en cuanto le fué posible la índole particular de cada parte de su reino, sin perjuicio de tener a la nación respecto del extranjero unida y dispuesta a servir al rey a la primera señal, tanto más, cuanto que el monarca procuraba aumentar los dominios, el poderío y la gloria de la nación.

La idea de que la corona imperial volvería a pasar a poder de la Francia como en tiempo de Carlomagno, se mantenía viva en el pueblo francés; Felipe III había sido ya rival de Rodolfo de Habsburgo, y Felipe IV había tratado de presentar a su hermano Carlos de Valois como candidato a la

corona imperial a la muerte de Alberto I. Cuando en el siglo XIV los franceses quisieron conservar en su poder exclusivo al papado, el papa Urbano VI decía que la nación francesa, no solamente quería el papado y la corona imperial, sino el dominio del mundo entero. Así se explica que Italia y Alemania fueran los objetos inmediatos de la ambición de Francia. Era perfectamente conforme a la tendencia justa y general de agrupar estrechamente los miembros de una misma nacionalidad que Lyon y la Provenza, miembros del sacro imperio romano germánico, fueran agregados a la Francia, a la cual correspondían por afinidad de raza y de idioma; pero de estas afinidades no se cuidaban los franceses, que conforme a la tendencia bárbara solo trataban de aumentar su territorio y extender su dominio sin mirar nacionalidades ni condiciones geográficas. En el año 1444, Carlos VI y su hijo pretendieron extender la Francia hasta el Rin como frontera natural; y en vista de la impotencia del imperio alemán, fué para éste una grandísima fortuna la elevación efímera de la monarquía borgoñona, que situada entre Francia y Alemania separaba y amenazaba a las dos. Luis XI, a la muerte de Carlos el Temerario hubo de contentarse con solo una parte de esta monarquía en la paz de Senlis de 1493; a saber: el ducado de Borgoña. Después de esto dirigió la Francia su mirada, distrayéndose de la herencia borgoñona, a Italia y por lo pronto a Sicilia y Nápoles, el antiguo imperio de los normandos y de los Anjou.

Carlos VIII, poseído de las fantasías de la Edad media, se veía ya el héroe de la cristiandad y dueño de Constantinopla y de Jerusalén. La conquista del reino de Nápoles debía ser el primer paso para hacer a la Francia señora del mundo, pero allí chocaron los intereses franceses con los españoles. Los aragoneses, saliendo de su situación apartada, se habían establecido desde fines del siglo XIII en la Italia meridional. La Sicilia y la isla de Cerdeña pertenecían a la corona de Aragón, pero Alfonso V el Grande, que murió en el año 1458, había conquistado a Nápoles y dejado este reino a su hijo natural Fernando. Contra la dinastía ilegítima de éste quiso Carlos VIII de Francia hacer valer los antiguos derechos de los Anjou. Su campaña de 1494 al través de Italia le condujo triunfante hasta Nápoles; pero a sus espaldas se formó una liga de potencias italianas y extranjeras, cuya alma fué Fernando el Católico, no obstante su reciente alianza con Francia; Carlos VIII tuvo que dejar el campo, pero no por esto la política francesa renunció a la Italia, solo que el sucesor de Carlos VIII, Luis XII, hijo del duque de Orleans, acometió la empresa por otro lado. Se pusieron sobre el tapete los antiguos derechos de los Visconti, de los cuales descendía Luis XII por su abuela, para tener un pretexto de arrojar a los Sforza de Milan, donde reinaban desde el año 1450. El duque Ludovico el Moro, verdadero hijo del renacimiento, pero cuya política era un juego de azar demasiado atrevido, pagó cara su imprudencia de haber llamado a los franceses a Italia, pues en setiembre de 1499 fueron los franceses señores de Milan, y Génova reconoció también la soberanía de Francia. Se hallaba entonces Maximiliano en guerra con los suizos, de cuya guerra salió tan mal parado; de suerte que estando los potentados italianos divididos entre sí y siendo ya inevitable la partición de Italia, parecía que la Francia se quedaría con la parte del león; pero el viejo zorro español supo engañar otra vez a los franceses.

Mientras se ponía en movimiento toda la Europa, en apariencia para proteger a la Italia contra los turcos, los reyes de Francia y España se arreglaron, dividiendo entre sí el reino de Nápoles, conviniendo al propio tiempo que el príncipe Carlos, el nieto del rey Fernando, y que a la sazón solo contaba un año, sería desposado con Claudia, hija de Luis XII,

y cuando a su tiempo se efectuaría este casamiento se daría a la joven pareja el ducado de Milan, resolviéndose así la cuestión de Italia.

Poco costó a los dos aliados quitar a Federico, el bastardo de Aragón, el reino de Nápoles; pero luego riñeron los vencedores, y gracias al gran capitán Gonzalo de Córdoba y a su impávida infantería, Fernando el Católico quedó dueño de ambas Sicilias.

Desde entonces trabajó durante quince años la política europea, principalmente en la Italia septentrional. En el año 1503 fué elevado a la silla de San Pedro el cardenal Della Rovere, cuando su predecesor Alejandro VI fué sorprendido por la muerte en el momento en que con el auxilio de Francia iba a arreglar para su hijo César un reino en el centro de Italia. El nuevo Papa, que como tal se llamó Julio II y es celebrado por los italianos como patriota, no estaba por hacer la fortuna de hijos y parientes, sino que todo su afán se dirigía a consolidar el Estado de la Iglesia y el poder temporal del papado. Con este propósito inició contra la república de Venecia la liga de Cambray en 1508, en la cual entraron con el pretexto de una cruzada contra los turcos los reyes de Francia y España, el emperador y el Papa. Venecia, la república aristocrática, rechazada del Levante por los turcos, se había indemnizado de aquellas pérdidas en Italia apoderándose de territorios del Milanesado, del Friul, de la Romagna y de la costa de Calabria. También había tenido más de una vez choques con la curia en cuestiones eclesiásticas, y cuando le convenía no tenía ningún escrúpulo en hacerse amigo de los turcos, a pesar de su orgullo y del desprecio con que miraba a cuantos no eran venecianos. Contra estos venecianos, que según sus enemigos no eran ni cristianos ni turcos, se armó, pues, la indicada coalición, como si se tratara de una verdadera cruzada; pero en las grandes ciudades libres de la Alemania meridional no se participaba del odio que Maximiliano profesaba a aquella república de mercaderes. El emperador, excitado por la Francia, soñaba ya la destrucción de la reina del Adriático, y entretanto se permitía en Suabia el enganche de tropas. El ataque preparado contra Venecia se estrelló contra la sorprendente fuerza de resistencia de la república, acosada por tantos enemigos, contra la fidelidad de sus súbditos en tierra firme y contra la secreta discordia entre sus contrarios. Sin embargo, Venecia perdió sus dominios en la Romagna y en la Pulla. Cambió súbitamente la escena; el Papa, la Inglaterra y España formaron con Venecia, en 1511, la llamada Liga Santa, mientras Maximiliano continuaba firme en su alianza con Francia, por supuesto para abandonar a sus aliados cabalmente cuando marcharon contra Roma. Estos pagaron su victoria en la batalla de Rávena, en el mes de abril del año 1512, con la muerte de su valiente general Gastón de Foix. El reducido concilio que contra el Papa habían reunido los franceses primero en Pisa en el año 1509 y luego en Milan, fué oscurecido por el concilio que el Papa reunió en Letran; Milan cayó en poder de las tropas suizas, que entronizaron a Maximiliano Sforza, hijo del duque Ludovico; y el único que salió ganancioso de tantas luchas que durante años habían ensangrentado el suelo de Italia fué el papa Julio II, porque no solamente fué restaurado el Estado pontificio en toda su extensión anterior, sino aumentado con Módena, Reggio, Parma y Piacenza. En cambio este Papa, con fama de patriotismo italiano, abandonó al emperador las ciudades venecianas Verona y Vicenza para lograr su concurso al concilio de Letran. Con esto obligó a la república de Venecia a aliarse con Francia, cuya estrella iba declinando, porque en 1512 España arrebató a los franceses con el auxilio inglés la mitad meridional del reino de Navarra; en el año siguiente fueron derrotados por

los suizos cerca de Novara, por el emperador y los ingleses cerca de Guinegate, en la llamada batalla de Pica-espuelas; sus aliados los escoceses, que habían entrado en Inglaterra, fueron derrotados cerca de Floddenfield, y los venecianos cerca de Bassano.

Hacia mucho tiempo que la situación de la casa de Habsburgo no se había presentado tan brillante como entonces; pero si la Francia cejó en su empeño fué solo por el momento, porque no perdió de vista la Italia. Luis XII se arregló con el Papa, con España é Inglaterra, y cuando iba a pasar otra vez a Italia con su ejército, le sorprendió la muerte el 1.º de enero de 1515. Su sucesor en el trono fué su joven primo Francisco de Angulema, que con el título de rey de Francia tomó simultáneamente el de duque de Milan sin temor de tener que habérselas con la Santa Sede. Julio II había muerto, siendo sucedido por el Médicis Leon X, que esperaba poder sacar de la discordia general entre las potencias un reino en la Italia central para su hermano Juan. Este proyecto estafalario fué derribado por el impetuoso avance del joven rey de Francia, que quedó dueño del campo en la famosa batalla de Marignan en 13 y 14 de setiembre, en comparación de la cual las batallas de los últimos tiempos habían sido, en opinión de un guerrero encanecido, «juegos de niños.» La primera consecuencia de esta victoria sobre los temidos suizos fué que Parma y Piacenza, territorios que el papa Julio II había arrebatado a Venecia, fueron restituidos a la república. Por lo demás se manejó tan bien Leon X que hizo su arreglo con el vencedor en Bolonia, sustituyendo la pragmática sanción con un concordato que cedía a la corona de Francia la provision de las sillas episcopales y abaciales de su reino, pero aseguraba al Papa las annatas de las mismas sillas y además garantizaba la posesión de los Estados pontificios al Papa, la de Florencia a la familia de Médicis, y dejaba al Papa en libertad de despojar al duque de Urbino, un Rovere, de su ducado, para darlo a su propio sobrino Lorenzo. Todas estas concesiones no impidieron al Papa auxiliar con hombres y dinero contra Francia y Venecia al emperador Maximiliano cuando emprendió en el año 1516 su última campaña de Italia. En ella el emperador dejó chasqueado al Papa, haciendo retroceder súbitamente su ejército al otro lado de los Alpes y entendiéndose con el rey de Francia. Pero éste no aprovechó su gran victoria de Marignan con la prontitud y energía debidas, evidentemente porque no estaba seguro de no verse atacado por la espalda.

Por aquel tiempo empezó a hacer sentir su influencia en las complicaciones políticas de Europa la Inglaterra, con su bien dirigida política, destinada al parecer a llenar el vacío que la muerte de Fernando el Católico había dejado en la política internacional. Hasta entonces Fernando, con su superior diplomacia, había tratado de evitar toda turbación grave del equilibrio entre las potencias cristianas; y a su muerte se encargó Inglaterra de velar cual otra Providencia sobre la marcha política de las naciones europeas.

Más pronto que la Francia y España había pasado Inglaterra del desorden interior al estado de monarquía bien organizada y consolidada. Con la batalla de Bosworth y la muerte de Ricardo III concluyó la guerra entre las grandes familias de Lancáster y York, que había durado treinta años y en la cual perecieron casi toda la familia real y una gran parte de la alta nobleza. Enrique Tudor, Lancáster por su abuela, viuda del rey Enrique V, y casado con Isabel de York, valiéndose del terrible tribunal de la «cámara estrellada» redujo a la obediencia a la nobleza díscola y recalcitrante. El parlamento quedó arrinconado y el pueblo acató el gobierno absoluto que le devolvía la paz y el orden, a pesar de los impuestos que sobre él pesaban. En el reinado de Enrique VII